

CAPÍTULO 1

Cuando el aeromóvil rebasó un pequeño otero, ante los ojos de David apareció de repente aquella enorme masa verde. Por un momento, le pareció que estaba contemplando un extraño y gigantesco ser vivo, adormecido en medio del campo. Los latidos de su corazón se aceleraron mientras, aturdido, luchaba inútilmente por detener la marcha del vehículo que lo acercaba a aquella presencia amenazadora. Sólo cuando estuvo más cerca, se dio cuenta de lo que estaba viendo. El bosque se extendía ante él, inmenso y compacto, ocupando todo el espacio que podía abarcar con su vista.

La visión de aquella arboleda inacabable lo dejó asombrado. Era la primera vez que se topaba con una inmensidad así, tan diferente de los bosques que estaba acostumbrado a ver en los hologramas o en los juegos de realidad virtual. Se sintió dominado por una súbita atracción, como si de aquel bosque emanara un extraño magnetismo que le impidiera continuar el viaje a ninguna parte en el que se había embarcado después de separarse de su madre, hacía ya casi dos horas.

Detuvo el aeromóvil y permaneció parado durante unos minutos, contemplando la vasta masa de árboles que parecía empezar de repente, como si hubiese una línea imaginaria, una frontera que marcara la separación entre los prados y el bosque. Todo parecía extrañamente tranquilo,

pero David no podía sustraerse a la sensación de que era sólo en apariencia, impresionado todavía por la densa masa vegetal que estaba contemplando. Más allá de los primeros árboles, el interior del bosque dejaba entrever una realidad oscura e inquietante. ¿Hasta dónde se extendería aquella selva?

Elevó el vehículo hasta situarse a una altura de unos veinticinco metros, lo suficiente para poder contemplar el arbolado en su totalidad, que ahora se le ofrecía en toda su grandeza, como un enorme círculo oscuro de bordes irregulares, que resaltaba entre el verde más claro, casi amarillo, de los prados que lo rodeaban.

Vinieron a su memoria las imágenes de *Wild Forest*, aquel apasionante juego de RV que tanto le había costado llegar a dominar. Recordó los días que había pasado delante de la pantalla, con todos los sensores conectados, intentando una y otra vez superar cada uno de los niveles, progresivamente más difíciles, hasta desentrañar por completo los ingeniosos trucos que habían urdido los programadores. Al final, ya era capaz de atravesar el bosque en cualquiera de los vehículos opcionales, a toda velocidad, evitando los árboles y los numerosos peligros que aparecían en el trayecto. Pero lo que ahora tenía delante no era una imagen en la pantalla; era la realidad, en aquel bosque no tendría la posibilidad de volverlo a intentar si cometía algún error.

La inquietud que le había invadido desde el principio dejó paso ahora a una intensa excitación. ¿Cuánto tiempo le llevaría atravesar el bosque de parte a parte en su vehículo? ¿Podría sortear los árboles con la misma habilidad con que lo hacía en el juego de RV, sin chocar con ningún tronco?

¿Sería capaz de conseguir lo mismo que ya había logrado en la pantalla? ¿Qué podía perder con probarlo?

Sabía que allí no encontraría trampas traidoras ni enemigos virtuales; pero, en cambio, estaban los troncos de los árboles, y las ramas bajas, imprevisibles, que tendría que evitar. Tampoco había cuadros de programación, así que David decidió fijar él mismo unas reglas y unos parámetros adecuados: atravesaría el bosque en el aeromóvil, a una velocidad de sesenta km/h, por la parte más ancha y en línea recta, y se permitiría solamente los desvíos imprescindibles para esquivar todos los árboles que le cerrasen el paso. Se impuso el reto de no emplear más de diez minutos en el trayecto. ¿Sería capaz de rebajar ese tiempo?

Apoyó los pies sobre la hierba del prado, dominado ya por la impaciencia, y programó el controlador de velocidad de forma que ésta solamente pudiese oscilar entre cincuenta y cinco y setenta km/h. Pensó un instante en su madre, en la posibilidad de que en cualquier momento quisiera comunicarse con él; sacó del bolsillo el ordenador y lo apagó, no quería que nadie le interrumpiera mientras se enfrentaba a aquel desafío. Después, se situó a unos veinte metros de la linde y buscó con los ojos una especie de camino natural que le sirviese como punto de partida para internarse en el bosque. Apretó el botón de arranque y se adentró en la espesura como una flecha.

Al hacerlo, tuvo la sensación fugaz de que entraba en un laberinto. El camino que inicialmente había escogido no era tal y sólo pudo seguirlo en los primeros momentos; enseguida tuvo que emplear toda su destreza para evitar el choque con los árboles que se interponían constantemente

en su trayectoria. Comprobó con placer que aquello era muy diferente de la realidad virtual; a cada paso aparecían dificultades añadidas con las que David no contaba, y que compensaban la ausencia de los enemigos o de las trampas, tan presentes en **Wild Forest** o en otros juegos semejantes.

El aeromóvil avanzaba entre la masa de árboles a la velocidad programada, mientras David sentía cómo aumentaba la excitación dentro de su cuerpo. Pero estaba tan concentrado que apenas si podía fijarse en algún detalle; su única preocupación era la de sortear los obstáculos que se interferían en su camino, y lo hacía con una maestría que le generaba más y más confianza en sí mismo. Agarró con fuerza los mandos del aeromóvil y soltó un grito de satisfacción. ¡Aquello era mil veces más emocionante que el mejor programa de RV! ¿Y las sensaciones? No era sólo el aire que le acariciaba la cara y alborotaba su pelo. Era también aquel olor: el bosque exhalaba un aroma, o mejor, una mezcla de aromas que no era capaz de identificar, pero que recibía con la satisfacción de estar viviendo una experiencia diferente a todas las que había tenido hasta entonces. Y además estaba la luz, mucho más lograda que en los más sofisticados hologramas. Una luz que se abría paso entre los árboles y que, en ocasiones, conseguía llegar hasta el suelo e iluminaba alguna zona, haciendo brillar la hierba como si fuera un extraordinario tesoro.

De repente, algo salió de un agujero en un árbol cercano. Era un enorme mochuelo, que inició un vuelo lento y pesado, quizá asustado por el zumbido del aeromóvil. David, sorprendido por aquella presencia inesperada, quiso

evitarlo y se desvió ligeramente hacia la derecha. Enseguida se percató de aquella rama, peligrosamente baja, que se interponía ahora en su nueva trayectoria. Por un instante se le pasó por la cabeza el temor de un posible impacto. En la pantalla significaría la muerte, la eliminación, volver a empezar el juego desde el principio. Pero David sabía que aquello que tenía delante, cada vez más cerca, era completamente real.

Una súbita sensación de peligro recorrió su cuerpo a la velocidad del rayo, poniendo en alerta todos sus sentidos. Giró los mandos hacia la izquierda, bruscamente, intentando evitar la rama, al tiempo que encogía todo su cuerpo, en un intento desesperado de protegerse. Pero la maniobra no fue suficiente y no pudo evitar el violento impacto.

Cuando la rama le golpeó en la frente sintió un dolor intenso y le pareció que algo se quebraba en su cabeza. El choque lo desequilibró de tal manera que le hizo soltar los mandos del aeromóvil. Notó que caía, y tuvo tiempo de ver, en unos instantes eternos, cómo el vehículo seguía su trayectoria solo, ya sin conductor, y acababa chocando, en medio de un gran estruendo, contra el tronco de un enorme castaño.

El suelo, a pocos centímetros de sus ojos, le pareció un mullido y acogedor lecho de hierba. Intentó protegerse con los brazos, en un movimiento instintivo, pero no pudo evitar el impacto brusco contra la tierra. La mullida alfombra era sólo un espejismo, y David sintió en todo su cuerpo el dolor del nuevo golpe, más intenso en el hombro derecho y en la cabeza.

En un primer momento, aturdido por lo que le acababa de ocurrir, pensó que había salido bien librado del choque. Notó el silencio del bosque a su alrededor, y experimentó una sensación de placidez, como si le invadiera una extraña paz. ¿Por qué le rodeaba ahora la oscuridad?

Trató de abrir los ojos. Pero en cuanto hizo un pequeño movimiento con la cabeza, le abrumó la sensación de que la tierra entera empezaba a balancearse. Notó unos fuertes pinchazos en el cerebro, y unas náuseas irrefrenables que le subían desde el estómago, como si fuese a vomitar. Después, el suelo empezó a dar vueltas y David sintió que entraba en un remolino oscuro que lo engullía sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Así que se dejó llevar, mientras notaba que todo desaparecía a su alrededor.

Cuando empezó a recuperar la consciencia, creyó que estaba en la cama de su dormitorio; tuvo la sensación de que despertaba de un profundo sueño, que volvía de un viaje a través de un extraño túnel de tinieblas. Lo único que deseaba era continuar con los ojos cerrados, seguir tal y como estaba en ese momento, poder dormir todo lo que quisiera. Sintió, o creyó sentir, una voz que le hablaba muy cerca. No era el sonido familiar de las palabras de su madre, aquella era una voz masculina. David intentó prestar atención a lo que decía, pero no fue capaz de entender ninguna de las palabras que llegaban a sus oídos.

Como las voces venían de su derecha, trató de dirigir la vista en esa dirección. ¿Por qué le costaba tanto abrir los ojos? ¿O era que ya los tenía abiertos pero estaba todo

oscuro? Venciendo el inmenso cansancio que sentía, movió la cabeza y, por un instante, abrió los párpados. Le pareció ver unas sombras moviéndose a su alrededor; sin embargo, no le quedó más remedio que cerrar otra vez los ojos, porque de nuevo sintió la insoportable sensación de que todo daba vueltas en su cerebro. Aunque no era solamente en su cabeza, porque ahora le parecía estar atado a una plataforma que se balanceaba violentamente, sin que pudiese hacer nada por evitarlo. Asustado por lo que le estaba ocurriendo, sus manos buscaron algo donde agarrarse, algo que le permitiera evitar la caída, pero lo único que consiguió fue arrancar del suelo unas briznas de hierba, que quedaron enredadas entre sus dedos.

Intentó levantarse, y entonces el vértigo se hizo insoportable y lo obligó a mantenerse rígido, totalmente inmóvil. Le asaltó una angustiada sensación de desamparo que no le dejaba pensar en otra cosa. Hubo un momento en que le pareció que lo cogían por los pies y por los hombros y que lo levantaban del suelo. Pero no pudo sentir nada más, porque ahora todo daba otra vez vueltas y vueltas dentro de su cabeza, mientras su cuerpo caía y caía por aquel tobogán de negrura que lo engullía y que parecía no tener fin.